

COLECCIÓN
ALMANAQUE

POR ÚLTIMA VEZ SOBRE LA TIERRA

UN CUENTO
Y UN ENSAYO

•

FRANCISCO BITAR



VERA editorial cartonera

**POR ÚLTIMA VEZ
SOBRE LA TIERRA**



ALMANAQUE

Como los viejos almanaques en los que caían juntos el santoral, dibujos o fotos y el calendario lunar, en esta colección se reúnen textos diversos hilvanados por la presunción de la necesidad de su difusión en este corte del presente.

COLECCIÓN
ALMANAQUE

**POR ÚLTIMA VEZ
SOBRE LA TIERRA
UN CUENTO
Y UN ENSAYO**

•
FRANCISCO BITAR



VERA editorial cartonera

COLECCIÓN **ALMANAQUE**

dirigida por Analía Gerbaudo

Por última vez sobre la tierra: un cuento y un ensayo / Francisco Bitar. —1a ed.— Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2020.

Libro digital, PDF— (Vera Cartonera / Almanaque; 8)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-222-7

1. Literatura Argentina. 2. Literatura

Contemporánea. I. Título.

CDD A860

© Francisco Bitar, 2020.

© de la editorial: Vera editorial cartonera, 2020.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional

V

VERA editorial cartonera. Centro de Investigaciones Teórico–Literarias de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral. Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet). Programa Promoción de la Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral (www.huertatipografica.com).

**ACÁ HABÍA UN RÍO
Y YO LO CUIDABA**

I

Deben decidir si tener el hijo, si interrumpir o no el embarazo.

•

Los dos son jóvenes. Betty está terminando la carrera de psicología y Merlo va de trabajo en trabajo, tratando de avanzar en el instituto de Educación Física, lo suficiente al menos como para conseguir la licencia de guardavidas antes del próximo verano.

•

Ella no está segura de querer un hijo pero la aterra la idea del aborto. Volver del médico pálida y liviana, ¿cómo podría seguir adelante después de eso? No sin borrar toda una etapa de su pasado que odiaría tener que suprimir.

Él tiene la impresión de que lo mejor sería interrumpir el embarazo. Pero es una impresión tan indefinida que bien puede pasar por una idea equivocada. Al fin y al cabo, fue así, mediante impresiones de este tipo, vagas e indefinidas, que se decidió por una carrera y obtuvo sus diferentes trabajos. Ahora todas esas decisiones resultan ideas equivocadas.

•

Betty lo conversa con su madre. No era lo que ella y Merlo habían acordado en un principio (la idea era mantener la noticia en estricto secreto), pero el tiempo corre y hay que tomar una decisión.

La madre es terminante: debe tenerlo. No importa que Merlo sea un extraño (Betty no lo ha presentado a la familia) y que no

consiga un trabajo en firme. Ella, su madre, y también su padre, le asegura, luego del primer impacto, la ayudarán con el bebé. Lo criarán si es necesario.

•

Betty se lo comunica a Merlo. No hace falta que él se haga cargo: el bebé puede llevar el apellido de la madre. Las cosas pueden terminar acá y no habrá rencores, aclara ella.

No, dice él de inmediato. Quiero estar.

Y esta vez está convencido de lo que hace.

•

Y resulta ser lo correcto.

Ella rinde las pocas materias que adeuda y presenta una tesis breve. Es un trabajo puramente derivativo sobre un tema que no le interesa en absoluto, pero hacia el octavo mes de embarazo se ha convertido en psicóloga y ya tiene ofertas de trabajo en colegios y dispensarios.

En el transcurso sobreviene la temporada de piletas, hecho que encuentra en guardia a Merlo Walden: Merlo ha obtenido el título de guardavidas y está ansioso por empezar. Las piletas de la ciudad y de la zona ya cuentan con su bañero, pero la municipalidad está habilitando nuevas zonas de playa y él ingresa a trabajar en el balneario más lejano (es el último en la lista de espera), atrás de la reserva ecológica.

•

Por lo demás, si bien la relación no tenía visos de formalizarse, deciden irse a vivir juntos y las cosas parecen funcionar. Él sale temprano en su moto hacia la reserva y vuelve cerca de la hora de la cena, después de plegar el andarivel y guardarlo con candado en un depósito

de chapa al pie del mangrullo. En casa, ella lo espera con la cena; Betty, por las noches, cocina lo suficiente para dos comidas y al día siguiente Merlo cuenta ya con su almuerzo para llevar a la reserva.

•

El bebé nace en febrero, justo cuando el trabajo en los balnearios empieza a declinar.

Es una nena y la han llamado Hilda, en memoria de la abuela materna de Betty. ¿No es un nombre algo anticuado?, se pregunta Merlo en un principio. Pero nada de todo lo ocurrido —que le ha llovido del cielo y le ha devuelto una vida propia— le resulta, bien pensado, fuera de lugar.

Hilda Walden, un nombre llamado, según padres y abuelos de ambas partes, para grandes cosas.

•

No es fácil cuidar de un bebé, nadie se lo había dicho. Cuando no come o duerme, hay que adivinar lo que Hilda necesita.

Pero tiene sus retribuciones. La relación entre Betty y Merlo se ha afianzado; según su punto de vista, el de Merlo, pegaron juntos el estirón. Además, la nena tiene los ojos almendrados de ella y el lóbulo de la oreja pegado a la mejilla: es igual a la madre, no hace falta que Hilda crezca para averiguarlo.

Cuando duerme tramos largos, de dos o tres horas, se la ve a gusto con ellos. Sonríe en sueños.

•

Pero una noche, a un mes de su nacimiento, la beba parece sufrir alguna especie de molestia que pronto se transforma en malestar. Ha dormido el día entero y de noche resulta imposible despertarla para darle la teta.

Viajan los tres en la moto hacia el sanatorio y los pediatras deciden internar a la pequeña Hilda.

•

Una infección gástrica, se sabría al cabo de los quince días de incubadora, cuadro complicado por la deshidratación y una repentina gripe. Un virus que para un adulto no significaría más que una diarrea, acaso algo de fiebre.

Un virus que, para un bebé, resulta fatal.

•

Así es como termina, a principios de abril, la temporada de pileta.

Un empleado con la pechera del municipio, sin preparación alguna pero con sus propias herramientas, pasa el rastrillo por la arena donde amarillean unos pastos. Quedan, al cabo de algunas pasadas, la playa estriada de lado a lado y unos pocos restos bajo el rastrillo que constituyen el último rastro del verano: una bolsa de papas fritas marca Choppy y un tetra picudo de Resero blanco que hubo que desenterrar sin mediaciones, a la antigua: con la mano.

Merlo recoge por última vez, boya por boya, el andarivel de la reserva. Lo hace en sentido contrario a la corriente y, por un segundo, piensa en la posibilidad de soltarlo y dejarlo ir río abajo. Puede que lo vea alguno que conduce por encima de un puente o algún otro que pesca en los márgenes, pero esas opciones están lejos de su imaginación. Merlo sólo piensa en dejar ir lo último que queda de toda una etapa.

Sin el andarivel, el río es otra vez el mismo de antes, el mismo, incluso, que todos los veranos anteriores, salvo, según dicen, por su permanente fluir, que empuja su mismidad hacia adelante y le impide repetirse en el espacio y, por lo tanto, en el tiempo.

II

También el año laboral empieza como siempre: el primer viento frío pega todo el día en la pared de los tanques y ya no es posible bañarse si no es con agua del calefón. Al final de ese baño, no sin cierto bienestar, uno se siente viejo. Lo que había que hacer y no se hizo ya no encontrará remedio. La luz del comedor quedará prendida y la bolsa de basura pasará la noche en casa: ha llegado el momento de irse a dormir temprano.

•

Veinte años después, Merlo trabaja en escuelas secundarias.

En horas de clase no hace otra cosa que sentarse atrás de un pupitre, tirar una pelota al medio del gimnasio y ordenar que formen equipos. Después prende un cigarrillo que los alumnos jamás llegarán a localizar y que apenas infieren por el humo que se eleva por detrás, como si la espalda de Merlo se estuviera prendiendo fuego.

Entre esos alumnos, en el curso de primer año de la escuela Almirante Brown, está su propio hijo, quien vive con su madre y que pocas veces lo saluda. Es alguien rechoncho y retraído, la clase de chico que eligen último al momento de formar los equipos y que prefiere no correr atrás de una pelota para ahorrarse la vergüenza de una carrera desarticulada y ruidosa. La clase de chico, en fin, de quien podría esperarse algún tipo de mérito en otras áreas, lengua o matemáticas, el estudio devoto y dedicado, ese tipo de cosas que la gente suele hacer debajo de las lámparas.

Pero no, tampoco en estas disciplinas, ni en ninguna otra, se destaca el único hijo de Merlo Walden.

•

En Merlo, sus conocidos suelen ver lo contrario: alguien bueno para los deportes pero un patán para todo lo demás.

Lo cierto es que hace tiempo que Merlo abandonó los deportes como para estar seguro de sus méritos.

•

Con todo, sale a correr con cierta frecuencia, cada vez que ha engordado lo suficiente como para que la barriga tire de su cuerpo hacia adelante y los efectos se dejen sentir en la base de la columna.

Entonces, sin importar el momento del año, viste jogging, camiseta térmica manga larga y campera rompe viento, y sale a correr por la costanera de Santo Tomé. Cuando el tiro se vuelve exigente, Merlo piensa en mujeres, en las mujeres con las que se acostó y en la enorme cantidad de mujeres con las que quisiera acostarse.

•

(Ahora vive en Santo Tomé, una ciudad pequeña con tarifas de alquiler todavía razonables, adonde se han ido a vivir la mayoría de los padres separados de la ciudad de Santa Fe, unos diez kilómetros al sur).

•

Es en uno de estos recorridos que Merlo se cruza con una chica exactamente igual a Betty, con la edad que ella tenía hace veinte años.

Él no deja de correr ni ella de caminar en sentido contrario. Pero al cabo de unos pasos, él mira, de espaldas, en su dirección cuando ella también se vuelve a mirarlo.

III

En Santo Tomé, además de una línea de ayuda para casos de angustia extrema (que no es otra cosa que un teléfono habilitado por el Servicio Sacerdotal de Urgencia para la atención al suicida), el canal local dispuso un ciclo de películas de nombre «A la cama con una sonrisa» que transmite películas para hombres con problemas de sueño, comedias en su gran mayoría.

La película de esta noche —él no alcanzó a ver el título pero trata de un hombre rico en una punta del mundo que en la otra se hace pasar por pobre— no logra tranquilizarlo. No sabe qué cosa se lo impide: nunca ha sido bueno para dar de manera precisa con el motivo de sus preocupaciones.

Esta noche, sin embargo, no hace falta ir tan lejos: a sus pies está la respuesta, en las zapatillas de correr que enmarcan los costados del televisor.

•

Betty, dice él, soy Merlo.

Merlo, dice Betty y por un segundo nadie dice nada, la línea queda vacía.

A continuación, ella pregunta cómo está y él agradece en silencio que Betty no haga alusión a la hora de la llamada, por más que su voz no suene del todo despierta. Merlo dice que bien, que ha pasado mucho tiempo, y ella dice que sí, que es cierto, capaz demasiado tiempo.

Esta llamada que hoy se produce parece una cuenta pendiente, un asunto largamente postergado que ninguno de ellos piensa arruinar:

Esperá que cambio de teléfono, dice Betty y Merlo queda en el aire hasta que ella, ahora con voz clara, dice hola otra vez.

- Qué fue de tu vida, pregunta ella, y Merlo dice que se recibió finalmente de profesor de educación física. ¿Piletas? Ya no, nada de piletas ni de balnearios, dice Merlo, ya no tengo el cuerpo de antes como para pasearlo sin remera. Es una pena, dice ella, y los dos se ríen.

¿Vos?, pregunta Merlo antes de verse obligado a revelar zonas más desagradables de su historia. Ahora él se reclina en el sillón, apoyando los pies sobre la guía telefónica abierta en el apellido de Betty.

Ella dice que siguió trabajando como psicóloga, tomó clases en Francia y en Canadá, y ahora se dedica exclusivamente a la clínica privada.

¿Tuviste hijos, Betty?

Sí, dice ella, tuve, y por más que Betty intente dejar el tema en suspenso, Merlo la exige: ¿una mujer, pregunta, de unos veinte años?

Dos varones, dice ella, uno de diez y otro de doce.

- La única mujer que hoy tendría veinte años, la tuve con vos, dice Betty.

Sí, dice él.

Estás bien, Merlo, suelta ella.

¿No pensás a veces en cómo hubiera salido todo?, pregunta él. Digo, si no pasaba lo que pasó.

Por supuesto, dice ella y Merlo le dice que también lo hace, todo el tiempo.

Éramos chicos, dice ella, y agrega: igual las cosas salieron bien después de todo, ¿no? Digo, a pesar de esa tragedia.

- El día siguiente es día de visita y Merlo se lleva a su hijo directamente desde la escuela ante la mirada de todos, alumnos y

profesores. Con un mensaje al celular de su exmujer es suficiente para dar aviso; un mensaje que su exmujer no se molestará en contestar.

El encuentro empieza como de costumbre: el hijo se encoge de hombros cuando su padre pregunta qué lugar le gusta y, acto seguido, van a parar a la hamburguesería de siempre. Ambos piden el menú grande (gaseosa grande, papas grandes y triple hamburguesa con panceta) y Merlo vuelve a asombrarse ante la capacidad del chico que, a sus 14 años, lo devora todo. Después pide un helado de yogurt para el hijo y sale a fumar solo al estacionamiento.

Pero una vez que se suben al auto, los planes —que en general incluyen una ida a los fichines hasta que el hijo queda prácticamente ciego— cambian de repente.

•

Merlo toma el camino de cintura, bordea la ciudad por la zona donde todavía pega el sol y cruza el puente hasta el camino de la costa.

¿Dónde vamos?, quiere saber el hijo.

Te voy a mostrar el lugar donde trabajaba tu padre cuando era joven, es la respuesta.

Merlo no lo esperaba, pero una vez en el lugar se encuentra con que la vieja reserva ahora está ocupada por un edificio del Inta; donde antes estaba la playa, ahora sólo se ven cañas de la altura de una persona.

Acá había un río, dice por lo bajo. Y yo lo cuidaba.

•

Esto no lo amedrenta.

Gira en U y en unos minutos está de vuelta en la ciudad, frente a un viejo edificio de departamentos en barrio Roma.

Ahí vivía yo, dice Merlo señalando una ventana del segundo piso, con el auto en marcha.

Pero el segundo piso parece no tener para el hijo ningún atractivo en particular, nada que lo diferencie del resto de los pocos pisos de este bloque de cemento, ni del montón de casas y edificios que se levantan en la ciudad.

Cuando era joven, dice Merlo. Fueron años felices.

Aunque en realidad no llegó a vivir un solo año en ese lugar.

•

De vuelta, y para completar el recorrido, Merlo da un pequeño rodeo antes de llegar a la casa de su exmujer: pasa frente al sanatorio.

Esta vez no hay un comentario directo respecto del lugar que, por otra parte, puede verse apenas por unos pocos segundos a través de la ventanilla. En lugar de eso, Merlo dice:

Vos tuviste una hermana.

De pronto, como no había ocurrido en mucho tiempo, el padre tiene toda la atención de su hijo.

Una media hermana, en realidad.

¿Cómo una media hermana?, pregunta el chico.

De una mujer anterior a tu madre, dice Merlo. Fue tu hermana mayor, pero murió cuando era muy chiquita.

•

Esa tardecita, Merlo sale a correr por la costanera y pasa por el punto de encuentro a la misma hora en que, según sus cálculos, vio a la chica el día anterior. Al no obtener resultados, recorre el paseo, con los ojos bien abiertos, una y otra vez, hasta que se hace de noche y dejan de escucharse las pisadas blandas de los corredores, incluidas las de él.

•

Al día siguiente, un viernes, Merlo no sirve para mucho: la noche anterior soñó con una Betty todavía joven. Se paseaban ambos por una casa de techos altos donde se ofrecía una fiesta. Ella estaba en pijamas y él, con su edad actual, vestía su equipo de gimnasia. Cada tanto, se paraban a besarse. Hacia el final se acostaban en un cuarto cualquiera y ella decía: que duermas bien, papá.

Esa noche, Merlo entra a Facebook e ingresa el nombre de su hija, algo que nunca antes había hecho.

IV

Merlo aprieta el botón de la rellamada: no necesita buscar otra vez el número de Betty, no ha llamado a nadie desde hace dos días.

Betty parece a gusto, incluso más que la última vez, a pesar, de nuevo, de la hora. Con todo, Merlo, sin ser indiferente, aborda el tema sin rodeos:

Betty, le dice, el otro día me cruce con una chica igual a vos. A vos cuando eras joven. Cuando éramos jóvenes.

Betty queda a la espera: sabe que la historia no termina ahí.

O igual a como sería nuestra hija. ¿Te acordás? Vos y ella eran igualitas.

Merlo cuenta que ingresó el nombre de Hilda en Facebook y encontró dos coincidencias: una Hilda Walden en Tallahassee, Estados Unidos, y otra en Londres, alumna del Westborough Highschool. Si bien tiene una edad cercana a la que tendría su hija (la americana, en cambio, tiene 52 años), la chica inglesa es rubia y de ojos claros, y aparece en fotos con sus padres, evidentemente biológicos.

Merlo, dice ella. Su voz ya no es la de antes.

Pero Merlo continuó con la búsqueda.

•

Puse una serie de nombres alternativos, dice. Hilda W, H. Walden, H.W. Pero los resultados crecieron y empecé a marearme.

Así que reduje la búsqueda a la zona de Santa Fe.

Encontré una Hilda acá en Santo Tomé. Hilda a secas.

Es la chica que me crucé en la costanera.

Nuestra hija.

•

Hay un silencio; está claro que Betty no sabe por dónde empezar.

Merlo, dice al final, es una locura.

Tenés que verla, dice él. Es una chica hermosa. Son tus ojos, tu sonrisa.

Hilda murió hace veinte años, dice ella.

Yo también pensaba lo mismo. Pero no quisimos verla. No nos aseguramos, ¿entendés?

Mis viejos se encargaron de todo, Merlo.

Hay que hablarlo con ellos, dice él.

Mis padres fallecieron, dice Betty.

Hay un silencio con el que Merlo quiere demostrar sus condolencias pero tampoco será él quien desvíe el tema de la conversación.

Betty, dice entonces, tenemos que ir a verla. ¿Qué chances hay de que alguien más le ponga Hilda a una hija nacida en esta época?

¿Y qué chances hay de que alguien que te roba la hija mantenga el nombre?, grita Betty.

Pocas, dice Merlo, pero puede pasar. ¿Alguna vez probaste cambiarle el nombre a un perro? Está pegado al bicho.

El nombre es como la carne.

•

Al cabo de un par de horas, mientras Merlo mira una nueva entrega de «a la cama con una sonrisa», Betty lo llama. Su voz patina y, cada tanto, se escucha el ruido del vaso al pegar contra el tubo. Dice que irá. Dice que no le hace ninguna gracia ni muchísimo menos, que si decide ir es para alejar la idea de su cabeza, y para confirmar que él, Merlo, está desvariando. Que es un demente.

V

Es sábado. Merlo pasa a buscar a Betty. Han acordado verse en una esquina porque ella no quiere revelar su dirección.

Betty rodea el auto sin mirarlo y sube al asiento del acompañante aunque, por su porte, bien podría sentarse en el asiento de atrás. Lleva lentes oscuros y un vestido a la rodilla con rombos blancos y negros.

Él podría ser su chofer, camino a un evento de algún tipo. Un entierro, por ejemplo.

•

Durante el viaje, no hablan.

Merlo mira la cara de Betty en las esquinas, cuando la mano de los autos llega desde la derecha, y mira sus piernas cuando debe meter un cambio.

Cuando suena, Merlo mira el celular. Es su exmujer. Cuelga.

•

¿Y qué le vas a decir cuando la veas?, pregunta Betty una vez que estacionan frente a la casa. ¿Que sos su verdadero padre? ¿Qué venís a contarle la verdad?

Merlo entonces se inclina sobre el asiento de atrás y alcanza un par de hojas impresas, apoyadas en una pequeña pizarra de técnico de basket.

Voy a hacerle algunas preguntas, dice Merlo, a ella y a sus padres.

Y un segundo después, cuando Betty todavía está cerrando la puerta del auto, él le dice a la anciana que lo atendió:

Buenos días, somos de la Universidad Tanto. ¿Hay alguien de edad universitaria en casa?

- Para el momento que Betty se une a Merlo, la joven Hilda sale a la puerta y la chica y la mujer quedan frente a frente. Betty se saca los lentes. Ahora sí, el parecido está ahí y Merlo puede sentir la conexión.

¿Quieren pasar?, pregunta la chica.

- ¿Apellido?, pregunta Merlo, luego de anotar el nombre de Hilda en la planilla. Antes, a modo de presentación, dijo que él y su colega pertenecían a la Universidad Tanto y que se estaba evaluando la posibilidad de abrir algunas carreras en Santo Tomé.

¿Es necesario el apellido?, le devuelve Hilda.

A la pregunta por la edad, Hilda dice que tiene 19, tras lo cual Merlo mira a Betty de forma fugaz.

¿Siempre viviste en Santo Tomé?

Desde que me mudé con mi abuela, dice ella. Desde siempre, casi.

¿Y tus padres?, pregunta Betty.

Apenas los conocí, dice Hilda.

No, agrega la chica ante la expresión de Betty, no es nada. No me acuerdo de nada.

Entonces la siguiente pregunta puede resultar algo incómoda, dice Merlo.

No se haga problema, de verdad.

¿Fuiste feliz acá en tu infancia?

Hilda deja asomar una sonrisa como si se tratara de una broma o un error. Pero Merlo y Betty la miran con seriedad, a la espera de su respuesta.

Sí, dice Hilda, tan feliz como cualquiera, creo. ¿Qué se yo cómo son de felices los otros para comparar? No sé en realidad.

Merlo y Betty están sonriendo.

Se complicaba un poco los días del padre, ponele. Y de la madre, agrega ella.

Claro, dice Betty.

¿Qué te gusta hacer, Hilda?, pregunta Merlo.

No sé, dice ella, muchas cosas. Pero ninguna se estudia.

Los tres se ríen.

Soy mesera en un bar de Santa Fe, sigue Hilda. Y ahora quiero comprarme una moto. Baja cilindrada.

¿Eso es lo que te gusta?, pregunta Merlo.

Sí, dice ella, ¿está mal? Me gusta atender mesas y andar en moto. Soy buena para las dos cosas.

Está perfecto, dice Betty.

¿Dirías que la moto es tu objeto favorito?, pregunta Merlo mirando su planilla.

¿Mi objeto favorito?, dice Hilda.

Es parte del cuestionario, dice Merlo con voz técnica, un objeto de tu preferencia.

No, dice Betty, me gusta andar en moto. No significa que sea mi objeto favorito.

Hilda lo piensa por un momento.

Mi habitación, dice al final. Pero no por lo que hay adentro.

La habitación no contaría como..., empieza a decir él cuando vuelve a sonar su teléfono. Pero Merlo se apura a cortar sin sacarlo del bolsillo.

¿Podemos conocerla?, pregunta Betty.

•

Hay, en el centro de la pieza, una cama marinera con el colchón hundido y las sábanas revueltas. Del respaldar cuelga un rosario de cuentas coloradas y enfrente de la cama hay un televisor, con el vuelto de la noche sobre el marco superior, un billete de dos pesos y algunas monedas sucias. En un rincón de la pieza, atrás de la puerta abierta del ropero, hay un bajo con el delantal del bar

atado al clavijero, y, adentro del ropero, una montaña de zapatos y zapatillas entre las que Merlo reconoce un par de zapatillas de correr. Todo iluminado por un gran ventanal, a un paso de la cama.

Soy dueña de una cama y un televisor, dice ella. Esa es toda mi fortuna.

Pero tenés una guitarra, dice Merlo.

Es un bajo, corrige Betty.

Es prestado, el bajo, dice Hilda.

¿Tocás?

Sin sonido solamente, para no molestar a mi abuela. Y para tocar a cualquier hora.

Y un libro, dice Merlo.

Es prestado, también, de la biblioteca. Me gusta leer sobre la vida de la gente, biografías. Científicos, pintores, políticos. Tienen vidas muy interesantes.

Merlo simula escribir en la planilla, ante lo cual Hilda agrega:

Pero no me gustaría ser ninguno de ellos. Ni un escritor, ni un científico, nada de todo eso. No quiero tener una vida interesante.

Todo en silencio, dice Betty.

¿Cómo?, suelta Hilda.

Digo, leer, tocar el bajo mudo. Son actividades silenciosas.

Sí, dice Hilda mirando fijamente a Betty, puede ser.

Merlo mira.

Actividades silenciosas, repite la chica.

Nosotros creemos que tenés una vida muy interesante, Hilda, dice Betty.

Entonces el celular de Merlo vuelve a sonar y esta vez él se aparta, sale de la habitación.

Es su exmujer. Pregunta a los gritos por qué no le atiende el teléfono, en qué andás, le dice, mientras Merlo mira en el interior de la pieza cómo las mujeres se vuelven madre e hija.

¿Qué mierda tenés en la cabeza?, pregunta su exmujer.

En este momento, nada, dice Merlo.

No te hagás el vivo. ¿Cómo es eso que tu hijo tiene una hermana?

La tiene, dice él.

No digás idioteces. ¿No te acordás que tu hija se murió? ¿Te pensás que vas a recuperar tu pasado yendo en auto a buscarlo?, le suelta ella.

A lo que Merlo, sin dejar de ver cómo Hilda y Betty conversan y sonríen, responde:

Sí.

**EN DEFENSA
DE LO PEQUEÑO**

Soy un escritor de cosas pequeñas.

Llegar a serlo, confesármelo a mí mismo, significó un gran alivio y creo que representó además mi verdadero comienzo como escritor. Lo digo sin orgullo, a la manera de una constatación. Hoy lo pequeño es mi fuerza: mi proyecto y mi estrategia.

Decir que mi dominio es lo pequeño no significa decir que este sea un camino más sencillo que otros, sobre el cual, por conveniencia, decidí inclinarme; simplemente fue, de las opciones posibles, la que me tocó. Lo cierto es que no está muy lejos de otras condiciones en las que me toca escribir: vivo en una ciudad chica, con un trabajo para nada heroico y un sueldo bastante magro. Después de pagar las cuentas a principios de mes, mi mujer sabe darse cuenta si dormí vestido por las monedas que junta de mi lado de la cama. Ya ven: vueltos, sobras, requechos.

Es ahí donde encuentro mi literatura. Las historias que escribo —desdobladas en cuentos y poemas narrativos— vienen de comentarios escuchados al pasar, encuentros fortuitos, conversaciones entre amigos y otros episodios sin importancia. Voy a comprar un equipo de pesca y tengo que aguantar que un vendedor paralítico me cante el decálogo del pescador. Escucho que una chica dice de otra, con ánimos de destrozarla, que estrenó un vestido el día que la dejaron plantada. Me hablan de un defecto de diseño del Renault 4 que deja entrar aire por las puertas y obliga, los días de frío, a encintar el auto, a empaquetarlo. Historias, historias, historias.

Una vez que tengo esa información, el germen de lo que será un cuento, no juego a saber por cuánto tiempo puede flotar el proyecto en mi cabeza sino que me pongo a trabajar de inmediato: recordemos que se trata de una información precaria y nada garantiza

que permanezca en su lugar, mucho menos que crezca a partir de esa base inestable.

El cuento, en este sentido, representa el formato perfecto. Nos permite entrar y salir en espacios cortos, probar rápido la resistencia de los datos iniciales. ¿Cómo lo hacemos? Ubicando esos datos en los lugares precisos para alcanzar el corte. El cuento es el medio por el cual se le dice al lector: sostenga usted de este lado que yo voy a cortar de este otro. Hay que asegurarse de que el lector esté bien agarrado de una punta para que nosotros, en nuestro papel de escritores, podamos cortar desde el extremo contrario. Corremos el riesgo de no haber tensado lo suficiente y, demorados o por apuro, lleguemos al final en el lugar incorrecto.

Cada cual tendrá su manera de hacerlo, pero yo procuro, fiel a la procedencia del material, no recortar en puntos de por sí demasiado cargados de significación. Así lo propongo además en mi taller, donde está terminantemente prohibido concluir una historia con la muerte de su personaje.

Como ven, lo pequeño, que es lo opuesto a lo obvio, está por todas partes. Siempre que, en contra de mis posibilidades, intenté escribir grandes historias, con grandes temas y grandes palabras, me sentí al frente de una estafa. Si, todavía así, mi narcisismo me animaba a seguir, atento a la marca que yo dejaría en la literatura argentina, una nueva patada, imposible de esquivar, me salía al cruce: me aburría.

Por supuesto, los escritores de lo pequeño no tienen ninguna licencia frente a los escritores de lo grande. Al contrario, en una literatura como la nuestra, cargada de tonos altos, el escritor de lo pequeño debe hacerse fuerte en el esmero, el compromiso y la paciencia. Con todo, sigo pensando que hay un territorio que es soberanía del escritor de lo pequeño y que se renueva a cada comienzo: la escritura de placer. Porque si el escritor de lo grande entiende la escritura como una indagación, como una pelea que debe librarse en cada frente, y en definitiva, sufre, el escritor de lo pequeño es quien se entretiene, cuenta una historia que le gustaría escuchar y tal como le

gustaría que se la cuenten. En definitiva: disfruta. Porque si lo grande está del lado del mandato, lo pequeño está del lado del deseo.

Acá es necesario hablar de una diferencia, por decirlo así, de método: cuando a lo grande se llega por indagación, a lo pequeño se llega por el camino de la observación. Lo pequeño no es lo directamente estrecho en dimensiones sino aquello que pasa casi inadvertido, lo que estuvo a punto de perderse para siempre. Así, objetos que no son necesariamente chicos, son recuperados por los escritores de lo pequeño un momento antes de desaparecer de este mundo: una luna transparente a las tres de la tarde, el último brazo bronceado por efecto de un largo verano, el último vaso de una vajilla y con él la cronología de una familia entera. No obstante, debo admitir que entre las cosas pequeñas, prefiero especialmente las chicas en un sentido estricto, cosas que encuentro a cada paso y hasta me acompañan cuando escribo (los pedazos de comida que hay bajo el teclado de mi computadora, por ejemplo).

Lo pequeño, por vía de la observación, también puede encontrarse en ciertas conductas de hombres y mujeres insignificantes: el borrachín de la cuadra que cada día compra su vino en un kiosco diferente de modo que ninguno de los kiosqueros sospeche y se ponga a dar voces, una niñera que viste a la bebé de la misma manera que ella: de remera y minifalda.

Estos hombres y mujeres, desde el momento que observo sus conductas y entiendo el rasgo humano que hay en ellas, a veces el orgullo y otras la desesperación, se convierten en mis hermanos. O, en todo caso, se convierten en mis personajes, siempre que un personaje, para llegar al final de una historia, debe despertar en mí la ternura. De otra manera, sin ternura de por medio, tanto los personajes como esa historia se quedarán a mitad de camino.

Acá la definición de ternura, en tanto combustible que alimenta la marcha de los personajes, no es distinta de la idea de observación para los pequeños objetos, los que se aprontan para desaparecer. La ternura viene de un hombre o una mujer tratando de seguir vivos en una etapa de su historia que languidece, a punto

de ser expulsados hacia la etapa siguiente; un hombre o una mujer aferrándose a una etapa como si se tratara de la vida misma.

La otra noche, durante un asado, un amigo que está haciendo uno de esos cursos de enología me contaba que un sommelier, al agitar su copa para que se desprendan los efluvios, tiene una sola oportunidad para apreciar la materia del vino. Después algunos aromas volverán a su jugo y otros se perderán en el aire, pero el caso es que, con cada tirada, con cada nuevo movimiento de la copa, nos alejamos más de aquella primera y más lograda expresión. Imagínense ustedes: aromas que, después de verse reducidos, pasarán por última vez sobre la tierra. Semilla, madera, clavo, polvo a punto de desaparecer para siempre. Más tarde el vino se convertirá en esa bebida asentada, para nada vacilante, que tomamos y, por último, en botellas vacías, no hay remedio.

Bueno, al menos eso fue lo que entendí de lo que dijo mi amigo. Puedo equivocarme: nosotros mismos habíamos bebido esa noche y mi versión se desprende un poco de lo que recuerdo y otro poco de sus derivaciones lógicas. De otra manera, sin vino, no habiéramos abordado la cuestión, demasiado emotiva a fin de cuentas para una reunión de hombres sobrios. Borrachos es otra cosa. Este tramo de mi trabajo es un homenaje a esa noche en especial (que fue magnífica) y a muchas otras noches en que bebimos y conversamos y olvidamos.

Las conversaciones, lo que hombres y mujeres se dicen entre sí, son el último bastión de lo pequeño. Son, al escritor de lo pequeño, lo que esos aromas de la tierra son al sommelier. Arcaicas, irrepetibles, evanescentes. Hasta hace poco estuve trabajando en un libro de nombre *Historia oral de la cerveza*, un compendio de lo que las gentes se dicen en esta ciudad a partir de la cerveza. Cuando empecé, imprimí dos esquelas y las pegué sobre el marco del monitor en que trabajo. Una es de W. B. Yeats y dice:

La historia de una nación no está en los parlamentos ni en los campos de batalla, sino en lo que las gentes se dicen en los días de fiesta y de trabajo, y en cómo cultivan, se pelean y van en peregrinación.

La otra es de Joe Gould, aquel hombre pequeño rescatado por Joseph Mitchell, quien decía llevar 300.000 palabras escritas sobre la historia oral de Nueva York. Sus borradores nunca fueron encontrados y es de aquel proyecto, truncado o perdido, del que tomé la idea. Dice Joe Gould:

Lo que dice la gente es historia. Lo que antes considerábamos historia —reyes, reinas, tratados, inventos, batallas, decapitaciones, César, Napoleón, Poncio Pilatos, Colón, William Jennings Bryan— es mera historia formal y en gran medida falsa. Por mi parte, o pongo por escrito la historia informal de los de a pie —lo que esa gente tiene que decir sobre sus trabajos, amores, juergas, apaños, apuros y penas—, o muero en el intento.

De acá, creo yo, la importancia de los escritores de lo pequeño. Se trata de una importancia histórica, seguramente, desde que la «historia informal de los de a pie», como la llama Joe Gould, acompaña y documenta, mediante su retrato, a la historia formal, el relato de los grandes procesos. Así se puede leer, por ejemplo, la obra de Chejov como figura de los últimos estertores de una aristocracia venida a menos, al punto de confundirse con la servidumbre y a un paso de ser desmantelada.

A mí me pasa exactamente al revés: todo lo que sé de historia —y, para el caso, de cualquier otra cosa— lo sé a través de la literatura. Para mí la caída de los zares no es más que la consecuencia de un mundo lleno de gracia pero ganado por la melancolía, donde un militar confunde una puerta y se enamora para siempre, donde la mujer del boticario lamenta no estar afuera, de fiesta con otros tipos, donde dos amantes sentados en un banco miden su aventura contra la indiferencia del mar, un mar, dice Chejov, anterior a ellos, que persistirá, sordo y monótono, cuando ellos no estén y cuando no estemos ninguno de nosotros. Lo mismo que lo hará la historia formal.

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS

El cuento «Acá había un río y yo lo cuidaba» pertenece al libro *Acá había un río*, Editorial Nudista, 2015, Córdoba.

El ensayo «En defensa de lo pequeño» apareció en el blog de Eterna Cadencia en mayo de 2015.



•

FRANCISCO BITAR

(Santa Fe, 1981) colaboró con artículos y ensayos para diversos medios y publicó libros de poesía y narrativa, el último de ellos *Teoría y práctica* (Tusquets, 2019, premio del Fondo Nacional de las Artes en la categoría Cuento). Es Licenciado en Letras y da clases de escritura creativa.

ÍNDICE

ACÁ HABÍA UN RÍO Y YO LO CUIDABA

7	I
11	II
13	III
18	IV
20	V

25	EN DEFENSA DE LO PEQUEÑO
----	---------------------------------



UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL

ENRIQUE MAMMARELLA

Rector

LAURA TARABELLA

Decana Facultad de Humanidades y Ciencias